

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXV



C. S. I. C.
1995

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXV



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1995**

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Una nueva obra de José de Churriguera: El monumento de Semana Santa del Monasterio de la Encarnación, por Ángel Aterido Fernández	19
Isidoro Arredondo, pintor madrileño del siglo XVII, por José Luis Barrio Moya	33
Los alarifes en Madrid en la época de Felipe II, por María Teresa Cruz Yabar.....	57
Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Austria, por María José García Sierra.	101
La colección de platos metálicos alemanes, de función decorativa, del Museo Arqueológico de Madrid, por Fernando Olaguer-Feliú y Alonso.	119
El Cementerio de la Sacramental de San Martín, por Carlos Saguar Quer.	135
El informe del gobernador Juan Antonio Samaniego. Crítica al proyecto del palacio de Aranjuez en el siglo XVIII, por Virginia Tovar Martín.	145
La arquitectura para exposiciones en el recinto de las Ferias del Campo de Madrid (1950-1975) y los antiguos pabellones de I.F.E.M.A., por Ángel Urrutia Núñez.	177

Págs.

Las colecciones de pinturas, en Madrid, del noveno Duque de Alba Don Antonio Martín Álvarez de Toledo, por Matilde Verdú Ruiz	197
El programa iconográfico del desaparecido Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, por María Inmaculada Zaragoza Arribas.....	227
 Documentos	
Noticias madrileñas que ahora cumplen centenario, por J. del C.	243
 Geografía	
Ante una nueva edición de las relaciones topográficas madrileñas de Felipe II, por José María Sanz García.	253
 Geología	
Reseña de los materiales pétreos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores, por Sandra Martín Moreno.	281
 Historia	
La capilla funeraria de Don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, en Santo Domingo el Real de Madrid, por Gregorio de Andrés Martínez.....	293
El Conde de Montalvo, corregidor de Madrid, por José del Corral.....	305
Festejos celebrados en la capital del reino con ocasión de la Jura de la Princesa María Luisa de Borbón en 1833, por Miguel Ángel López Rinconada y Manuel Muñoz Carabantes.	323
Un Cementerio Parroquial de pobres en el Madrid del siglo XVII, por Antonio Matilla Tascón.	353

Págs.

El acceso al oficio notarial en el siglo xv: La toma de posesión de Juan González de Madrid, por María del Pilar Rábade Obradó.	361
Del antiguo al nuevo convento de Santo Domingo el Real, por Alberto Rull Sabater.	389
Intervencionismo público y municipalización: Pan y subsistencias en Madrid (1898-1923), por Francisco Sánchez Pérez.	403
Sobre el motín Esquilache, por José Valverde Madrid.	423

Literatura

El archivo de los teatros de la Cruz y del Príncipe en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, por Ascensión Aguirri y Purificación Castro.	433
Las guías de forasteros de Madrid en el siglo XVIII, por Francisco Aguilar Piñal.	451
La Insula Barataria entre Arganda y Madrid, por José Barros Campos.	475
Madrid en el Portrait de L'Espagne de M. Legendre, por Luis López Jiménez.	491
Clero y lectura. Las bibliotecas de los presbíteros madrileños del siglo XIX, por Jesús A. Martínez Martín.	503
Valle-Inclán: Vida y Literatura, por José Montero Padilla.	521

Provincia

El Monasterio de el Paular. Propiedades de la Granja de Getafe siglos XV-XIX, por Pilar Corella Suárez.	535
Apunte Geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio.	563
Pedro de Ribera remodela el puente del Retamar y construye el camino del Escorial por Colmenarejo, por Arturo Mohino Cruz y Anastasio Miguel Cuesta.	589

Págs.

Urbanismo

Colonia del «cuartel de la Montaña». Una planificación urbanística satisfaciendo intereses sociológicos y medio ambientales, por Luis Miguel Aparisi Laporta	595
Semblanzas de madrileños ilustres.	631

SOBRE EL MOTÍN CONTRA ESQUILACHE

Por JOSÉ VALVERDE MADRID

Don Leopoldo de Esquilache no era español, sino que había nacido en Mesina en el seno de una familia humilde, en el año 1722. De vocación militar en la campaña italiana de Carlos III, cuando era Rey de Nápoles, llegó a muy altos puestos. Ya en la paz fue llamado para cargos de administración destacando por su trabajo y honradez. Era el alma de aquella corte napolitana que hasta llegaron a llamarle «Il tutore del Re». Contrajo su primer matrimonio con doña María Maura que era Marquesa de Trentino y Señora de Sanctelia y recibe los títulos de Marquesa de Squilace y de Vallesantoro. Muerte María muy joven dejándole dos hijos Francisco y Juan, casándose por segunda vez con la guapa hija de un militar español llamada Juana Josefa Verdugo y recibe más títulos nobiliarios. Ya es además Baron de Mamola, Marqués de Selvarrota y Señor de Borja y de Santi, también en su carrera militar llega a teniente general y es nombrado gentilhombre de la corte.

Cuando en el año 1759 embarca Carlos III para hacerse cargo del reino de España lleva a Esquilache en su séquito con idea de que ocupe un ministerio pues, aunque había dicho que pensaba dejar en sus cargos a los anteriores gobernantes sabe que uno de ellos; Valdeparaíso, está muy enfermo. Lleva la Hacienda española y la llevaba tan bien que la Caja de Depósitos tenía nada menos que cien millones de reales. En efecto, Esquilache se encuentra con un superavit que le permite realizar rápidamente las reformas que pretendía. Surgen así el Colegio de Artillería, el montepío y la Junta de Recompensas de militares y un plan completo de Obras Públicas. Para todo hay dinero. También intentó instaurar la Lotería y hasta hubo un proyecto de este tipo de juego pero hasta más adelante no se pudo lograr su plena instalación.

Esquilache era incansable. Acumuló, aparte de su ministerio, los de Guerra y Justicia. La construcción naval tuvo en él un gran impulsor, siguiendo la línea que había trazado aquel otro gran ministro que fue el Marqués de la Ensenada. En cuanto a su vida particular se puede seguir a través del archivo de protocolos notariales madrileño en la escribanía del notario Ruiz del Burgo. Por el sabemos que en el año 1760 sitúa un capital de once mil onzas en poder de su hijo mayor que había quedado en Mesina ministro contador del Real Patrimonio y que compra dos beneficios eclesiásticos para su hijo Manuel que solamente tenía cinco años. Uno de los beneficios estaba en Santiago de Compostela y otro en Los Palacios, provincia de Sevilla, los que disfrutaría en la primera tonsura.

Más también hay que hacer constar que el embellecimiento de Madrid y la higiene que introdujeron los ministros del nuevo Rey disgustaron a sus súbditos. El Rey llegó a decir que «Este pueblo es como los chiquillos, que rabian si se les limpian las narices». Y es que había que barrer las puertas, dejar libres de inmundicias los mercados y plazas, se multaba la embriaguez y los escándalos públicos, así como las cerradas. Se dictaron reglas para la Junta de Abastos lo que encareció el pan y el aceite. Ya corrían por Madrid coplillas como las que recoge en un papel Manuel Matraña y que así decía:

«Aún las personas mas sanas
si son en Madrid nacidas
tienen que hacer sus comidas
de píldoras y tisanas.
Diamantes como avellanas
estirado corbatín
ricas vueltas y espadín
suele ser su adorno bello
más siempre marcado el cuello
con sello de Antón Martín».

La alusión a Esquilache era clara en la segunda parte de la copia. Lo que colmó el vaso de la indignación del pueblo fue el bando de inicios del año 1766 sobre las capas y chambergos. Este bando fue objeto de un contrabando del que hay un ejemplar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia en el que se desobedece la orden real basándose en que es intempestivo, contrario a las leyes, indecoroso a las personas, lo firman las cámaras de Lavapiés, Barquillo y el Rastro. Todo se lo achacaba a los ministros franceses e italianos que poco a poco sustituían a los de Fernando VI, pero, sobre todo, a Esquilache, llegándose a decir que su mujer era amante del Rey. Una letrilla que corría por los barrios decía, tras una efigie del ministro:

Yo, el gran Leopoldo primero,
Marqués de Esquilache augusto
rijo la España a mi gusto
y mando en Carlos Tercero
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo
al que es bueno lo reformo,
y a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: «Me conformo».

Si a los bandos para adecentar Madrid unimos la política internacional que tan descontento tenía al pueblo pues el pacto de familia que tanto anhelaba Francia y que la esposa del Rey sujetó hasta que ella murió había causado el cese del buen ministro Wall en aquel año de 1766, tenemos que era inevitable un motín. Y este llegó el 10 de marzo de aquel año de 1766. A la salida de la boda de una infanta se profirieron por los espectadores gritos de «Muera Francia» cargando las guardias walonas contra la multitud haciendo varios heridos. Los ánimos estaban muy exaltados y a los pocos días, el día 23 de aquel mismo mes de marzo, los sombrereros de Antón Martín salieron ya dispuestos a acometer a los guardias. En la plaza mayor se juntaron con ocho cuadrillas más y acordaron dividirse. Unos se dirigirían a casa de Grimaldi el ministro italiano que vivía en la calle Alcalá y otros a la plaza del Rey donde estaba el palacio de Murillo que había alquilado a Esquilache. Los guardias intentaron detener a los amotinados y empezaron caer muertos, unos dicen que veinte y otros historiadores mantienen que fue el doble los guardias muertos. Ni Grimaldi ni Esquilache estaban en sus casas los que habían ido de cacería y avisados se dirigieron al Palacio Real. Ya estaba éste rodeado por los amotinados cada vez más amenazadores. La guardia se refugia en el Palacio y el Rey convoca un urgente consejo de ministros. Mientras los asaltantes saquean los palacios de los ministros pero en uno de ellos, el de Esquilache, su dueña, la mujer del ministro se disfraza de campesina y se mete entre los asaltantes pues sabía donde estaban sus joyas para rescatarlas lo que así hace jugándose la vida pues era más odiada aún que su marido.

Mientras en el Palacio Real los amotinados mandan un emisario con el mensaje de que si en dos horas no se accedía a sus peticiones, treinta mil hombres harían astillas el Palacio Real. Tres consejeros, el duque de Arcos y los condes de Gazola y Priego, querían sacar las tropas que estaban en el campo del Moro con sus cañones, mientras otros tres consejeros, que eran el Marqués de Sarria y los condes de Oñate y Revillagigedo, querían ceder y ganar tiempo para poder sacar la Corte a Aranjuez. Triunfó esta solución y el Rey se dirigió desde el balcón a los amotinados brevemente para decirle que se atendería sus peticiones. Antes de buscó a un monje que tenía un gran predicamento entre el elemento popular y éste, el P. Cuenca, con una corona de espinas y una soga al cuello, de pie en una silla calma a la multitud. Se gana un tiempo precioso pues a la noche es cuando se organiza la fuga a Aranjuez. Rápidamente se hacen las maletas con lo indispensable y por la puerta del Campo del Moro se organiza aquel repliegue. Como no podían los varales de la silla de manos de la reina madre pasar por un estrecho pasillo, a hachazos se rompen pues no se puede perder un minuto. Los ingenieros militares irán tras la comitiva volando los puentes. Una noche trágica, Carlos III recuerda sus tiempos militares y dirige la operación. El caso es que el amanecer les sorprende ya en Aranjuez y se adoptan las medidas necesarias para un asedio.

Hay en Madrid un espectador de excepción que está procurando ser pintor real y antes pasar por la Academia de San Fernando y de Francisco de Goya. Traza rápidos

bosquejos de un cuadro que luego, en la tranquilidad de su taller, haría perpetuando el motín contra Esquilache. El cuadro está en una colección particular en París y lo reprodujo por primera vez la obra sobre el gran pintor de Pita Andrade y que hoy reproducimos pues es una genial obra que muestra el dinamismo y la inquietud de los amotinados a los que el monje quiere calmar.

Una explicación de que no asaltaron más que dos palacios de la aristocracia madrileña, los dos de los gobernantes extranjeros estriba en que parte de la aristocracia estaba con el pueblo, y también dolida por la postergación de los mandos del régimen de sus elementos más caracterizados. En muchas viviendas nobiliarias de Madrid había letreros que ponían «Esquilache R.I.P.». También corrían por Madrid una letrilla que decía:

«La Marquesa de San Gil
y la gallega jovial ·
Marquesa de Fontanal,
la de Zambrano gentil:
Una a una, dos a dos,
con sollozo, llanto y tos,
que hasta el corazón deshacen
le piden que al de Esquilache
encomiendo Usted a Dios».

La mañana siguiente el domingo de Ramos en Aranjuez todo se volvía confusión. Unos eran partidarios de volver a Madrid a sangre y fuego y otros esperar la respuesta de los madrileños, la que no tardó en llegar. El llamado Cuerpo de alborotadores matritenses se entrevistó ese día con el Presidente del Consejo de Castilla, el obispo don Diego de Rojas, y le exigió firmara un Memorial que llevaría un tal Avendaño a Aranjuez en el que se exigía respuesta rápida a lo que el Rey les había prometido que era la destitución de Esquilache, la supresión de la Junta de Abastos, la baja de los comestibles, la conservación de la capa larga y la extinción de la Guardia Walona. A todo el Rey respondió con el ánimo de apaciguar los espíritus. A los tres días, el jueves Santo, salió de Aranjuez hacia Cartagena Esquilache embarcando seguidamente y sustituido en su cargo de Hacienda por Muzquiz, el Conde de Gausa y en Guerra por Gregorio Muniain. También se le dio el cese al Obispo Rojas siendo sustituido por el Conde de Aranjuez, capitán general de Valencia quien, inmediatamente, comenzó a actuar. Prohibió las imprentas en clausura so pretexto de que en ellas es donde se imprimían los papeles contra el gobierno pero también empezó a proceder contra los eclesiásticos complicados en el motín.

Y es que desde la venida de Carlos III los ministros habían hecho una campaña contra el clero que denotaba que Tanuci, aquel Richelieu en la sombra que aconsejaba al Rey desde Italia y que había ya expulsado a los jesuitas, quería hacer lo mismo

en España. En efecto, al poco tiempo de la muerte de la reina madre, doña Isabel de Farnesio, de resultas del mal rato del día del motín, en el mes de junio el día 8 se hizo la primera consulta sobre los excesos cometidos en Madrid, disculpando el vecindario y atribuyéndolo todo a las malas ideas esparcidas por los eclesiásticos. A esta consulta siguió la del 11 de septiembre que ya claramente se mostraba a los jesuitas como instigadores y hasta un testigo declaró haber visto el Domingo de Ramos al jesuita F. López vitoreando al Marqués de la Ensenada. Y por fin, en el Consejo extraordinario de 30 de enero de 1767 no solamente se les achacó el motín del Domingo de Ramos, sino que salieron a relucir los diezmos de Indias y las misiones del Paraguay aparte de la campaña del Padre Ríbago. Fueron presos no solamente los padres Cándara y Hermoso sino también el erudito don Luis Velázquez Marqués de Valdeflores, el primero moriría en la ciudadela de Pamplona, el segundo fue desterrado a cincuenta leguas de la Corte y el tercero pasó diez años en prisión.

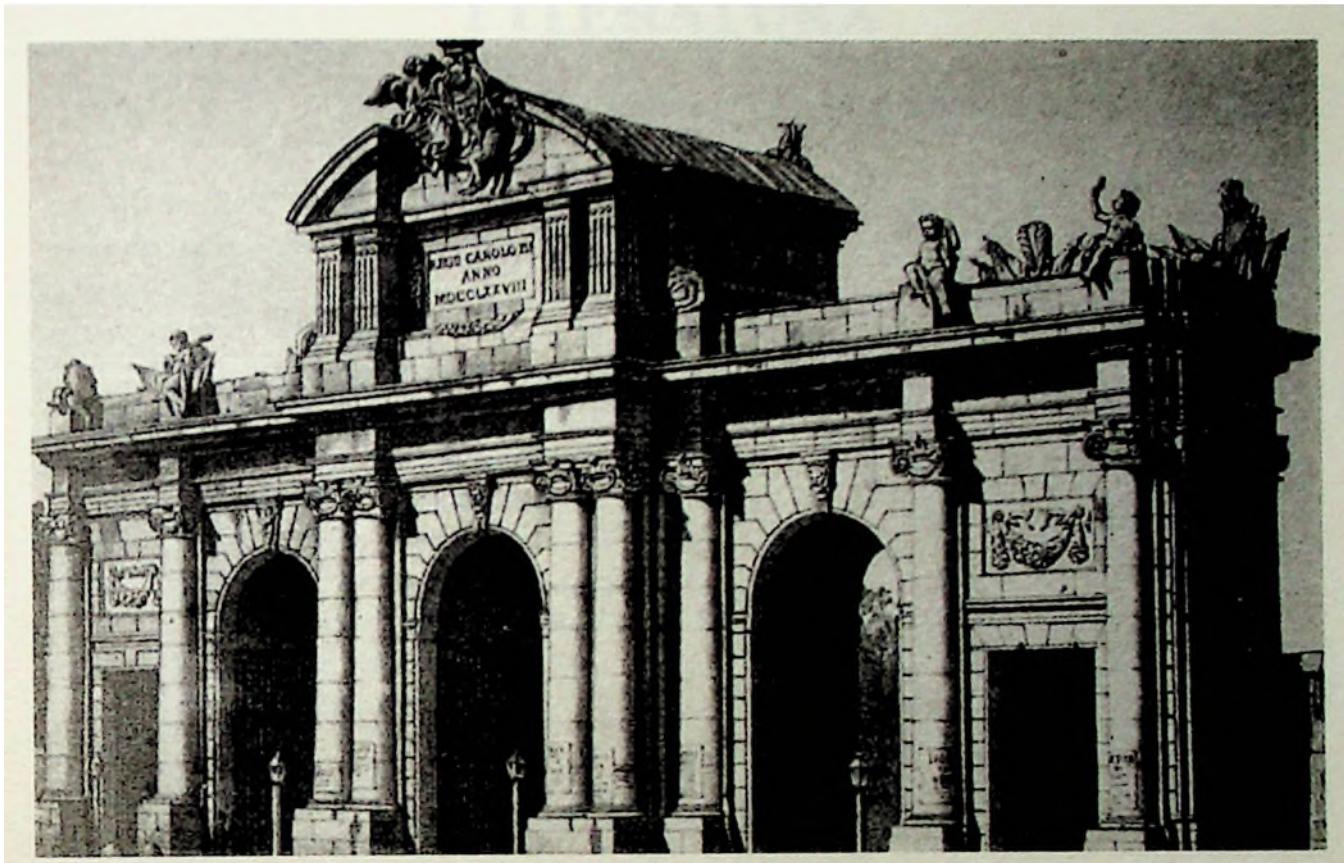
El decreto real de 27 de febrero de 1767 dictó la expulsión de los jesuitas y en veinticuatro horas el día 1 de abril fueron expulsados entre los golpes de los esbirros que los conducían a los puertos para llevarlos en barcos a los Estados pontificios, consumándose la iniquidad del siglo.

El rey tardó en volver a Madrid. Durante ocho meses estuvo ausente de la capital y amenazó con trasladar la capitalidad a Sevilla, cosa que lograron desechara sus nuevos ministros y, sobre todo, el Conde de Aranda.

Pero sigamos con la vida de Esquilache. El día 13 de abril embarca para Italia donde meses más tarde recibiría el nombramiento de embajador del reino de España en Venecia, también se le concede un nuevo título de Marqués en el año 1775 pues el Rey le agradece los servicios prestados y haber servido de cabeza de turco cuando el motín, en el que, si bien se mira, ninguna de las disposiciones que lo provocaron, ni lo del recorte de las capas ni el uso de chambergos, ni la carestía del pan eran de su ministerio de Hacienda y Guerra sino del de Interior, pero alguien tenía que sacrificarse y fue el de la víctima aparte de los jesuitas. Una maniobra más de Tanuci figura siniestra en el reinado de Carlos III. Muere por fin en su embajada en el año 1785 y su viuda se vuelve a la Corte con sus tres hijos, dos de ellos serían mariscales con el ejército español y el tercero sacerdote en Roma. Doña Juana Verdugo muere en el año 18082 y ante el escribano madrileño Barreda se firma la partición de sus bienes, compuestos de acciones bancarias pues las fincas, las habían heredado los hijos a la muerte de su padre, administrándolas su tío, el Marqués de Gregorio, Marqués de Villasantoro y Baron de Claret por su matrimonio casó, ya entrado el siglo XIX, con un hermano de Diego de León, el romántico general, siendo padres de la famosa, por sus obras de caridad, doña Pilar de León y de Gregorio, mecenas y Presidenta de la Cruz Roja, donde donó un pabellón que llevaba su nombre y costeó además, el comedor y Asilo de Huérfanos de Jesús en Madrid, siendo recompensado, por la Corona con el título de Marquesa de Esquilache en homenaje a su abuelo que tanto se había sacrificado por la monarquía.



Grabado de la época del retrato de Esquilache.



Francisco de Goya: "El motín de Esquilache". París. Colección particular.